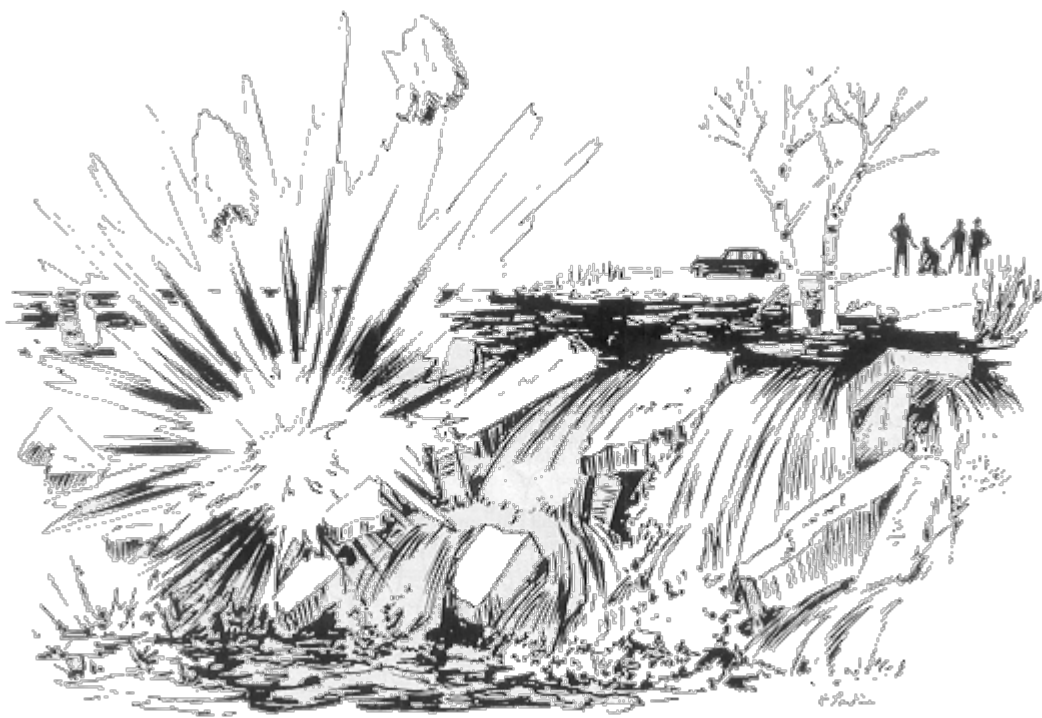


# EL HIELO VOLADOR

Por **Joyce Cassano**

ERA primavera cuando Felisa fue a visitar a su prima Genoveva y a sus tíos. Las primas no se habían visto durante todo el invierno, de modo que esa primera mañana tenían muchísimas cosas de las cuales hablar. A mediodía las niñas comenzaron a buscar alguna otra cosa para hacer. Genoveva se dirigió al ventanal de la sala, y Felisa la siguió. Allí las chicas se quedaron contemplando las lagunitas cenagosas que formaba la nieve sucia. Una bandada de pájaros se había acurrucado en los hilos de teléfono después de volver de su migración.



-¡Qué lindo es saber que después de un invierno largo y riguroso llegó la primavera, y va a seguir el verano! -comentó Felisa.

Genoveva suspiró:

-Sí, pero el viento que sopla es muy frío para que podamos ir afuera a jugar, y además, todo está muy barroso. ¿Qué quieres hacer tú, Felisa?

-No sé -respondió Felisa apretando la frente contra el ventanal-. ¿No es el auto del tío el que acaba de llegar?

-Oh sí, papá llegó -gritó Genoveva-. Llegó más temprano. Tal vez nos saque a dar un paseo.

El papá apenas había llegado a los escalones cuando Genoveva abrió la puerta de par en par.

-¿Nos llevarías a Felisa y a mí a dar un paseo en el auto, papá? No hemos podido salir afuera, porque está muy barroso.

-Creo que sí -dijo el padre, abrazando a ambas niñas-. Busquen sus abrigos mientras le digo a mamá dónde vamos.

Pronto el padre y las dos niñas se alejaban de la casa en el auto. Al llegar a la encrucijada, el padre tomó por el camino del río.

--¡Qué lindo! -exclamó Genoveva-. Papá nos lleva por el camino que bordea el río -le dijo a Felisa-.

¿Ves?, allí está el río, y mira todo el hielo que está apilado en la ribera.

El agua del río corría y salpicaba los grandes pedazos de hielo que llevaba la corriente hacia la ciudad, pero a menudo esos grandes trozos de hielo eran arrojados a la orilla. Cuando el río se angostaba, el hielo quedaba atascado. El agua no podía correr tan rápido, y retrocedía, desbordando por las orillas y el camino, y llegaba el subsuelo de algunas de las casas de los alrededores.

El padre tuvo que detener el carro. El camino estaba cerrado y los hombres estaban trabajando para lograr que el hielo se rompiera, de modo que el río pudiera fluir y no inundara la población.

-Aquí viene un gran camión -hizo notar Felisa cuando el camión se detuvo junto al automóvil. De él bajaron tres hombres. Uno de ellos llevaba una caja que al costado tenía escrito: "Explosivos".

-Vamos a dinamitar el hielo atascado -le dijo uno de los hombres al padre de Genoveva-. Por favor, aleje su auto. Correremos la barrera.

Otro de los hombres le dijo al papá:

-Ud. puede darnos una mano.

-Felisa y yo estaremos bien. Tú puedes ir, papá -dijo Genoveva al ver que su padre vacilaba.

-Prométanme que quedarán en el carro. No anden por ahí vagando.

-Te lo prometemos -le dijeron las niñas.

Cuando el carro quedó estacionado a buena distancia, el padre volvió al río.

Genoveva y Felisa vieron otros carros que llegaban hasta la barrera y luego daban vuelta y volvían al pueblo. Era divertido ver la expresión en la cara de la gente cuando veía la barrera y el hielo atascado en el río; pero después de un rato ya no llegaron más carros. El reloj del tablero seguía con su tic-tac. Las niñas se envolvieron las piernas con el abrigo y se acomodaron para esperar al papá. Las dos pensaron que volvería pronto.

Genoveva bostezó y miró a su prima. Esta tenía los ojos casi cerrados. Comenzó a cabecear, y Genoveva se dio cuenta que Felisa se había dormido. Genoveva se inclinó hacia atrás y apoyó la cabeza contra la ventanilla, y antes de mucho ella también se durmió.

De pronto se oyó una tremenda explosión. Enormes pedazos de hielo saltaron en el aire. Uno de los pedazos salió volando hacia el camino y cayó sobre el techo del carro donde Genoveva y Felisa estaban durmiendo. Las niñas se despertaron dando un grito. El pesado pedazo de hielo agujereó el techo del carro y cayó sobre el asiento entre las dos.

El papá y los hombres que trabajaban en el río se apresuraron para llegar al carro.

- ¡Chicas! ¡Chicas! ¿Están bien? -preguntó el papá, que apenas podía hablar.

El carro había quedado muy dañado. Dos niñas muy atemorizadas y sorprendidas se restregaron los ojos y miraron los pedazos de hielo que había en el asiento y en el piso del carro.

-Uds. han tenido suerte de salir con vida -dijo uno de los hombres, levantando a Genoveva y luego a Felisa para sacarlas del carro.

Genoveva y Felisa y el padre se miraron. El padre levantó a las niñas en sus brazos.

-Esto no fue sólo suerte -dijo agradecido.

-No -concordaron ellas.

-Jesús debe haber enviado a su ángel para salvarnos del hielo volador -dijo suavemente Genoveva.

-Sí, queridas, estoy seguro de que él lo hizo -respondió el papá.